

## 14. El Dios que espera

Con el pecado, sin embargo, comienza otro misterio, o más bien se manifiesta totalmente. Cuando el hombre traiciona la espera de Dios, la esperanza de Dios en él, Dios se pone a buscar y a esperar al hombre. Es decir, Dios manifiesta su misericordia, revela que su amor por nosotros es misericordia.

¿Qué hace el padre de la parábola del hijo pródigo de Lucas 15,11-32? ¡Espera! En cuanto el hijo ha partido hacia la perdición y la muerte, el padre se pone inmediatamente a esperarlo, a esperar que vuelva: “este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado” (Lc 15,24). En la figura de este padre que espera a su hijo, Jesús nos revela un misterio extraordinario: nos revela que cuando el amor de Dios se revela como misericordia, es como si el Dios eterno dejara la eternidad para hacerse espera en el tiempo, búsqueda en el tiempo, paciencia en el tiempo. Dios, que era el Ser eterno que hay que esperar, se convierte para nosotros en el Ser eterno que espera. Este es el misterio de Jesucristo. El Eterno entra en el tiempo hasta asumir todas las consecuencias del pecado del hombre: el trabajo, el dolor y la muerte. Y es esto lo que devuelve al tiempo del hombre, al tiempo humano, el sentido, la belleza, la intensidad y la plenitud de la espera de Dios, de la espera del Esposo que viene, la belleza y la intensidad de la esperanza. El Eterno viene en el tiempo como el Esposo, es decir, como Aquel a quien somos invitados para unirnos íntimamente y para siempre para vivir nuestra vida con alegría y fecundidad. Cuando dos esposos se aman, la espera y la comunión entre ellos se convierten en una realidad más grande que el trabajo, el dolor y la muerte que caracterizan la vida terrena.

¿Qué hizo Jesús, el Hijo de Dios, durante treinta años en Nazaret? Él también esperó, vivió el tiempo de la espera, sin prisas, obediente. “Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo? Todavía no ha llegado mi hora”, dice Jesús a su madre durante las bodas de Caná (Jn 2,4). Con esta palabra, que casi parece escapársele en un momento de irritación, Cristo revela en cambio el sentido de todo el tiempo que ha esperado escondido en Nazaret: durante treinta años ha esperado su hora, la hora de su misión, la hora querida por el Padre, la hora que da sentido al tiempo, al trabajo, al dolor y a la muerte del tiempo humano.

Cuando tenemos prisa, cuando queremos todo enseguida, el problema no es que nos falte tiempo: el problema es que no esperamos a Dios, que de lo que estamos viviendo, haciendo, encontrando, no esperamos más que esa cosa de ahí, ese resultado de ahí, ese cierto placer, esa satisfacción inmediata. No esperamos lo infinito, lo eterno, no esperamos a Dios. Ahogamos el tiempo porque no respiramos la espera de Dios, la esperanza en Dios.

El padre de los monjes, San Antonio Abad, dijo a sus discípulos antes de morir: “¡Respirad siempre a Cristo!” (San Atanasio, *Vida de Antonio*, 91,3). Qué amor tan grande tenía por sus hijos espirituales que les dejó como herencia, no bienes, no riquezas, no poder, sino la conciencia de una necesidad, de una pobreza vital, de una impotencia radical: ¡de necesitar a Cristo como necesitamos el aire para vivir!

“¡Respirad siempre a Cristo!” significa que en la necesidad inmediata que todos tenemos, como la necesidad de oxígeno, nos es dado expresar y encarnar la espera del encuentro con el Eterno que quiere unirse a nosotros. Es como si San Antonio hubiera dicho a sus discípulos que, incluso cuando necesitamos aire, es a Cristo a quien necesitamos, es decir, toda necesidad humana es un símbolo real y concreto de nuestra necesidad del Señor, de nuestra espera de Jesucristo, el Esposo de la vida. Es como si dijera: cuando os falte el aire, o cuando tengáis hambre y sed, o cuando os falte la salud, o la compañía y el amor del prójimo, cuando os falte el afecto, sabed que es de Cristo de quien tenéis y tendréis siempre necesidad, es Él quien falta verdadera y profundamente en el corazón humano. Esto no significa que no debamos respirar, que no debamos comer y beber, que no debamos valorar la salud, el afecto y la amistad. Jesús, al hacerse hombre, amó todo esto, gozó de todo esto. Pero siempre vivió todo lo humano como un modo de relación con el Padre, como una oportunidad concreta de pensar en el Padre, de amar al Padre, de pedirle todo al Padre, de alabarlo con gratitud por todo.

La espera de Dios no adormece el gusto por la vida. Al contrario: es precisamente lo que la hace posible. Cuando de la vida esperamos sólo lo inmediato, lo que podemos aprehender sin comprometer nuestro corazón en el deseo de lo infinito, experimentamos inmediatamente la decepción, inmediatamente el fruto que hemos arrancado del árbol y que tenemos en las manos, nos decepciona, se pudre, nos hace más vacíos, más tristes. En cambio, nos es dado experimentar, con asombro, que cuanto más deseamos y esperamos a Dios en cada coyuntura de la vida, tanto más nos es dado gozar de la vida en cada momento, en cada detalle, como Jesús, que admiraba cada florecilla, cada niño que jugaba en el camino, cada gesto del trabajo humano.

La espera de Dios llena el tiempo, llena el momento, como cuando el viento tensa con fuerza e infla la vela que permite al barco moverse, tener una dirección, un dinamismo que desafía las olas del mar. Pero el viento hincha la vela porque sopla más allá del punto donde está el barco, porque sopla hacia un espacio infinito. O el agua del arroyo que mueve la rueda y, por tanto, la muela del molino, lo hace porque el agua fluye hacia el mar. El agua estancada no tiene energía para mover la rueda del molino. En cambio, la tiene el agua que fluye hacia el mar. Y la energía está precisamente en este destino, en esta dirección decisiva hacia el espacio infinito del mar.

Lo mismo ocurre en nuestra vida: cuanto más deseamos a Dios, más esperamos en Dios, tanto más cada pequeño movimiento, cada paso de los que se compone la existencia humana, se encuentra animado por una energía, por una vitalidad que de otro modo sería imposible, y que asombra, porque de hecho es un milagro, una obra de Dios que pasa misteriosamente por nuestra pequeña vida cotidiana.

Así comprendemos que el gran milagro de Dios al crear al hombre es el misterio de nuestro corazón hecho para desear y amar al Creador. El gran milagro de Dios es nuestra libertad hecha para esperar y desear a Dios porque Dios la espera y la desea primero, eternamente.